

Testamento anónimo

Sí, no tenía vuelta de hoja. Salvo en el anacrónico modo de indicar el distrito postal, en lo demás no parecía haber error: «M. Souchet-Les Editions Jacob Keller-22, rue de Fleurus-Paris 6ème...» Sí, indiscutiblemente, era la grafía correcta de su apellido: Souchet, con una hermosa «t» al final; no Souché, como el poeta chino del siglo XII, ni Souchez, como el pueblecito del Artois, según lo escribían a menudo, con intolerable descuido, algunos negligentes. Pero aquella singular misiva no era —no podía ser, en buena lógica— para él, sino para el pobre Souchier, su antecesor al frente de lo que el patrón llamaba, sin el menor empacho, la «Sección de Ciencias Humanas».

Se trataba de un simple lapsus ortográfico. Evidente. Y explicable. El encabezamiento de aquella carta inacabada, que nadie firmaba, se reducía a un escueto «Querido profesor», y el sobre era de mano distinta; de alguien que, probablemente, no estaba familiarizado con la persona, ni con el nombre del destinatario... Extraño sobre, por cierto. Ni remitente, ni estampilla; tan sólo, en el papel moreno y recio, algo deteriorado en las esquinas, la impronta de un sello grande de caucho, donde aparecía una estrella de cinco puntas entre dos alfanjes cruzados, con las palabras Urt-Sendai, encima, Kerb-Ulha, debajo, y a continuación, a lo ancho de la imagen, una fecha en cifras: 17-05-84... ¿De qué país venía? Ni las enciclopedias, ni los atlas le habían dado una respuesta. Souchier habría podido, quizá, sacarle de dudas. Pero ya no podía: el pobre había muerto, precisamente, el 17 de mayo de 1984.

Mera coincidencia, claro. Como lo era, por otra parte, el hecho de que siete meses más tarde la carta hubiese llegado, después de un largo viaje por caminos ignorados, justamente el mismo día —viernes también— en que él, Souchet, había conseguido aquel tubo de pastillas que guardaba desde entonces en un cajón de su mesa, bajo llave, para tomarlas cuando todo estuviese maduro...

—Señor Souchier...

La puerta de la inhóspita pieza que le servía de escritorio se había entreabierto, y por el hueco asomaba, como una opaca nube ocre, el semblante borroso de la señorita Duret, la marchita martiniquesa que oficiaba de secretaria del jefe.

—¡Qué tonta! Perdone —rectificó, suave y presurosa, ante la hosca mirada del responsable y único miembro de la Sección de Ciencias Humanas— señor Souchet, el señor Keller dice que esta tarde...

—¿Tampoco hoy quiere verme? —le atajó él con amarga ironía— ¿Ha de meditar sobre Filón o el Zohar?... Si no hablamos, jamás acabaré de preparar estos condenados inéditos de Buber.

—No, no; al contrario. Quiere que le espere, que no se vaya sin verle.

—¡Ah, sí! ¿Qué mosca le ha picado? Bien. Dígale que le esperaré.

—Se lo diré, señor Sou..., señor Souchet.

Huidiza como siempre, la nube se desvaneció en seguida, y la puerta se cerró tras ella.

¡Souchier, Souchet! ¡Qué pesadilla!... Seguro que a Keller le divertía. Seguro que aquel lunático, que tan poco apreciaba su trabajo, le encontraba algún raro sentido al jueguecito. ¡Y no lo tenía! ¿Qué sentido? No. ¡Ni siquiera tenía gracia!... En todo aquello no había más que una enojosa acumulación de equívocos y coincidencias, una viscosa maraña de casualidades manifiestas. Bastaba, como botón de muestra, el encabezamiento de la carta: «Querido profesor»... ¿Qué significaba? ¡Nada! Souchier no era profesor, y él sí, o al menos lo había sido hasta que se produjo el triste, el vergonzoso episodio que le obligó a refugiarse en la barraca de Keller; de acuerdo. Pero la expresión era demasiado genérica: ¿profesor? Souchier podía, perfectamente, haber dado clases de cualquier cosa al autor de la misiva; de francés, por ejemplo... ¡Y bien merecía, si así había sido, una felicitación póstuma! Porque para ser extranjero y pertenecer a una cultura tan distante, el anónimo corresponsal manejaba el idioma con una soltura notable... Notable por muchos conceptos...

La carta seguía desplegada sobre los inéditos de Buber. Souchet no apartaba los ojos de ella mientras cavilaba, y maquinalmente empezó a leerla de nuevo.

«Querido profesor: ¿Le sorprende que le escriba? No se asombre. ¿Sabe usted lo que es el tiempo hendido? En los montes de Malang, donde nací, creen que es como una grieta abierta entre dos instantes, por la que el mundo puede vaciarse de improviso. Yo me siento en este momento al borde de algo semejante, y necesito hallar un punto de apoyo, lo más lejos posible de la grieta. Por eso le escribo. Por eso y porque no debo ceder a la tentación de pensar que sólo es un sueño lo que estoy viviendo, o que sólo soy ahora un mal sueño de mí mismo.

Tengo que resistir. Tengo que afrontar la situación, profesor. El sol está ya muy alto. Desde aquí arriba, desde el despacho que antes de la liberación ocupaba el Gobernador, la mirada puede avanzar sin obstáculos por la Avenida de la Revolución hasta el monumento a los héroes de la independencia, y la bahía. Aparte de alguna patrulla o algún vehículo militar, no se ve un alma. Tres lanchas rápidas y la cañonera se han apostado delante del puerto. Un avión leal sobrevuela a intervalos la ciudad. El palacio y el centro administrativo están protegidos por un cordón de blindados y tropas de choque. El coronel Kerbal ha cumplido mis órdenes. Todo está en calma, y parece que las fuerzas de Makule no se atreven a atacar. ¿Por qué hablo entonces de mitos y de sueños? Por debilidad —podría responder—, pero no lo entendería usted aún.

»Verá. De pronto, sigilosamente, me han dejado solo y me han aislado. Han cerrado el despacho por fuera y han cortado el teléfono y la corriente eléctrica. Mi aparato de radio no emite ni recibe, y no puedo abrir las ventanas, ni romperlas, porque son herméticas y están hechas a prueba de balas. He aporreado la puerta. He gritado. Todo en vano: ni una voz, ni un movimiento. ¿Han olvidado que soy el Presidente del Gobierno y el Secretario General de la Liga Nacional de Trabajadores? ¿Nadie está dispuesto a obedecerme, o a combatirme cara a cara? No sé lo que ocurre fuera de estas cuatro paredes, ni lo que significa este silencio. No puedo hacer nada, y así llevo varias horas.

»El climatizador no funciona. El calor es sofocante, y estoy agotado. Tengo sed y no he comido. Pero resistiré. No me resigno a admitir que Kerbal esté pactando con Makule. Kerbal no es Kasungu; es Malang como yo, y siempre me ha sido adicto. Siempre ha comprendido, frente a Makule y sus secuaces, que para vertebrar y liberar a nuestro pueblo, había que imponerle la disciplina revolucionaria a rajatabla. Y siempre ha estado conmigo, contra los que pretenden enajenar nuestros recursos mineros a cambio de una carretera y un par de factorías. Por eso, por todo eso, le di la cartera de Defensa. ¿Cómo voy a admitir que me esté traicionando? Y, sin embargo, lo temo. Pero resistiré, profesor. Resistiré.

»El mar cabrillea, lánguido, allá abajo. Lo contemplo desde aquí, y tengo la impresión de que el agua y la tierra están cansadas. Les falta, dirían los viejos sacerdotes Malang, la savia del cielo que fluye a través del rey. Lo malo es que ya no tenemos reyes fecundadores. Hemos de fecundar nosotros mismos, y pocos pueden hacerlo. Si triunfasen mis enemigos, ¿por qué canal fluiría en lo sucesivo el impulso que necesita este país? Lo sé, profesor. Aunque esté tan cansado como la tierra y el agua, no se me olvida que otro tendrá que relevarme algún día. Pero no ha de ser un Makule o un Kerbal. La Liga y el pueblo confían en mí todavía, y no debo desertar.»

—Señor Souchet, el señor Keller dice que haga el favor de revisar esta bibliografía. Es urgente.

—¿Urgente? ¿La quiere para ayer, como de costumbre? Estamos a viernes y son casi las cinco de la tarde.

—No es cosa mía, ¿sabe? —respondió la señorita Duret, tendiéndole unas galeradas.

—Bueno, deme. Gracias.

La martiniquesa abandonó el escritorio y Souchet volvió a la carta.

«¡Se acabó la incertidumbre, profesor! De repente se han abierto de par en par los dos batientes de la puerta. Unos soldados me apuntaban con sus metralletas; es lo primero que he visto. Luego he visto a los demás: Kerbal, Makule y Namode, el Vicesecretario General de la Liga; Von Rauch, el director de la empresa minera, y Benkowsky, el asesor militar. Les acompañaba Saida, mi mujer. No me ha sorprendido. Lo que me sorprende es no haberlo pensado antes: ha debido de ser ella la que ha anudado los últimos hilos de la conspiración. Saida no me perdona la ejecución de su hermano, y ampara los proyectos de Von Rauch.

«Ha sido todo muy rápido. Inmóviles y tensos, me observaban, expectantes, como si vacilaran todavía. Yo he hecho, instintivamente, ademán de levantarme; pero, adelantándose a grandes pasos, Kerbal, el propio Kerbal, me ha detenido con un gesto terminante, ha desenfundado su revólver, lo ha puesto encima de mi mesa y, mirándome a los ojos, me ha dicho secamente: '¡Una hora!' Después, sin añadir una palabra, sin permitirme replicar, se han retirado y han cerrado la puerta otra vez.

«No lo entiendo, ¿por qué obran así? ¿Me temen aún? Ya no hay motivo: se han unido todos contra mí ¿O se temen unos a otros y ninguno ha querido pechar con el feo papel de verdugo? ¿Por qué han elegido, si no, esta solución? ¿Por táctica? ¿Para cubrirse ante el pueblo y la Liga? ¿O ha sido por inspiración de Saida? No me extrañaría. En una antología inglesa que aprecia mucho, mi mujer ha subrayado un verso con trazo rojo: 'Sólo el tirano puede vencer al tirano'. Parece la confesión de un deseo, de una esperanza, ¿verdad? ¡Pero qué importa eso ahora! La suerte está echada: les ha faltado el valor, y me han cargado con mi muerte. Lo prefiero. Me han ahorrado una humillación. Se lo agradezco.»

—Sí. Diga... —cesó el zumbido y la voz del patrón brotó, quebradiza, del arcaico intercomunicador.

—¡Ah! ¿Es usted, Souchet? Disculpe.

—¿Quería algo?

—No, nada. He marcado mal, me he equivocado. Nos veremos luego, ¿no? —y Keller cortó, sin otra explicación.

«Pronto caerá el telón. La acción se precipita, profesor. Vencido por el tirano, como ha dispuesto el hado, no tardará el tirano en perecer. ¡Ejemplar desenlace! ¿Aplaudirá Saida? En su lugar, yo lo haría con ardor. Aunque yerra si piensa que voy a temblar. No. Morir es despertar, oía decir de muchacho en el poblado, y quizá sea cierto, ¿por qué no? Pero ¿despertar a qué? ¿Qué sentido puede tener ahora esa palabra para mí? La grieta se ha abierto por fin, profesor; arrolladora y voraz, parece que fuera a tragárselo todo, a la vez que vomita una nube de espectros y de sombras. ¡Qué extraño! Es como si el tiempo hubiera empezado a desvanecerse, girando locamente hacia atrás para volver sin cesar al mismo punto. Y en medio del torbellino, algo muy remoto, algo que nunca había recordado hasta hoy, me asalta y me acosa en cada giro.»

—Perdón si le interrumpo, señor Souchet —se excusó, ceremonioso, desde el umbral, el traductor *free lance* de lenguas eslavas— ¿Me presta usted, por favor, su diccionario de alemán?

—Ahí lo tiene, Blumstein.

—Muchas gracias, señor Souchet, muy amable —recalcó el ruso con leve reverencia, llevándose el volumen.

«Es algo que ocurrió hace mucho, profesor. Yo trataba de estudiar en París filología. Me hospedaba por entonces en la calle de Gay-Lussac, y me habían citado en la de Fleurus, adonde le escribo. Debía atravesar los jardines del Luxemburgo, y había salido de mi casa con demasiada antelación. Era una tibia mañana de otoño, el